



La Universidad Católica del Siglo XXI¹

Dr. George Weigel

Ethics and Public Policy Center, Washington

El 15 de agosto de 1990, el Papa Juan Pablo II firmó la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* [Desde el corazón de la Iglesia]. Si bien el objetivo de la constitución era en parte corregir ciertas aberraciones en el aprendizaje superior católico, desarrollado en el período posterior al Concilio Vaticano II, *Ex Corde Ecclesiae* es mucho más fructífera si se lee como una propuesta para el futuro: como la Carta Magna de la educación superior católica en el siglo XXI y durante el tercer milenio. Porque, al igual que muchos otros documentos importantes del magisterio de Juan Pablo II, esta Constitución estaba destinada a preparar a la Iglesia del tercer milenio para la primavera de la evangelización -la Nueva Evangelización-, de la cual Juan Pablo II habló con una urgencia cada vez mayor a través de su largo pontificado.

Reverencia de Juan Pablo II por la Educación superior

Ex Corde Ecclesiae fue escrita por un Papa que tenía un respeto profundo y permanente por la educación superior.

Karol Wojtyła empezó a formar esa *pietas* (piedad) cuando era un estudiante de pregrado en la venerable Universidad Jagellónica de Cracovia -una experiencia de vida universitaria que duró sólo un año, dado que la ocupación nazi de Polonia cerró la segunda universidad más antigua de Europa Central en noviembre de 1939 y envió a ciento cuarenta y cuatro de sus profesores al campo de concentración de Sachsenhausen.

¹ Esta disertación fue la *lectio magistralis* del Dr. George Weigel, correspondiente al acto de su investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad FASTA (Mar del Plata), el viernes 4 de mayo de 2012.

La reverencia de Wojtyla por la vida universitaria se profundizó después de la guerra, cuando luchaba por mantener la Facultad de Teología en la Universidad Jagellónica, durante la primera década del comunismo polaco. Esa lucha se perdería cuando esta Facultad (que era el componente más antiguo de Jagiellonian) fuera cerrada en 1954, en un acto de vandalismo cultural que Wojtyla nunca olvidó.

Sin embargo, el comunismo nunca fue capaz de aplastar por completo el aprendizaje superior católico en Polonia, ya que la Universidad Católica de Lublin, la única universidad católica en todo el mundo comunista, se aferró tenazmente a su precaria independencia. Y fue allí, como orador y luego como profesor de ética filosófica, donde se consolidó la reverencia de Wojtyla por la enseñanza superior católica. Allí, como lo dijo una vez su colega, el profesor Stefan Swieżawski, tomó parte en la vida intelectual del "único lugar entre Berlín y Seúl donde la filosofía era libre". Allí aprendió en profundidad lo que había intuido cuando la Universidad Jagellónica se reconstituyó como una institución clandestina durante la ocupación nazi: una universidad puede ser un oasis de verdad en un desierto de mentira y falsedad.

De hecho, la reverencia de Juan Pablo II por la vida universitaria era tal que mantuvo sus conexiones con Lublin como Papa, hasta que la presión de sus responsabilidades papales lo llevó a abandonar la dirección de las tesis doctorales, como lo había hecho en los primeros meses de su pontificado.

Esta gran reverencia por la universidad y por su papel único como guardián de la cultura es claramente evidente en *Ex Corde Ecclesiae*. Allí, Juan Pablo II escribió que la institución católica de educación superior debe ser el depósito o defensor de "una especie de humanismo universal... dedicado al [estudio] de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema, que es Dios". E insiste: esta "conexión esencial" no fue una carga o un obstáculo para la libre investigación; por el contrario, la Iglesia Católica, que era la madre de las universidades y que había dado a luz a esas instituciones únicas desde su corazón, había enseñado durante mucho tiempo que todo conocimiento verdadero es un reflejo de Cristo, el *Logos*, la Palabra por medio de la cual todo llegó a existir. Y es Cristo el Señor, escribe Juan Pablo II en *Ex Corde Ecclesiae*, el único que "es capaz de dar plenamente esa Sabiduría sin la cual el futuro del mundo estaría en peligro".

El peligro presente

Para entender por completo la visión de Juan Pablo II de la Universidad Católica como guardiana de un "humanismo universal", es importante entender la naturaleza de ese "peligro" para el futuro humano como Juan Pablo lo entendió.

Durante el Concilio Vaticano II, Karol Wojtyla comenzó a esbozar su trabajo filosófico más exhaustivo, *Persona y acto*, que se publicaría en 1969. Es muy instructivo cómo describe ese proyecto a Henri de Lubac, SJ, el distinguido teólogo jesuita francés con quien había trabajado en el Concilio Vaticano II en la redacción del texto definitivo de lo que se convirtió en *Gaudium et Spes*, la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno. Wojtyla escribió:

Dedico mis escasos momentos libres a una obra que está cerca de mi corazón y está dedicada a al sentido metafísico y el misterio de la PERSONA. A mí me parece que el debate de hoy se está desarrollando en ese nivel. El mal de nuestro tiempo consiste, en primer lugar, en una especie de degradación en una pulverización, de la singularidad fundamental de cada persona humana. Este mal es aún más del orden metafísico que del

orden moral. Para esta desintegración prevista en el momento de las ideologías ateas, debemos oponer, en vez de polémicas estériles, una especie de "recapitulación" del misterio inviolable de la persona.

Esta convicción de que la crisis mundial de la modernidad tardía fue una crisis en la *idea* misma de la persona humana, había preocupado a Wojtyla durante algún tiempo. Ahora, sin duda, esto podría parecer una preocupación "natural" o evidente para un sobreviviente, -inclinado a la filosofía- de la brutal ocupación nazi de Polonia durante la Segunda guerra mundial y la posterior usurpación comunista de las libertades de Polonia; para un hombre que sabía por experiencia que las ideas tienen consecuencias, para bien y para mal. Sin embargo, la visión de Wojtyla sobre la naturaleza de la crisis fue más profunda que su crítica de los dos sistemas totalitarios de mediados del siglo XX. El nazismo había sido aplastado por la fuerza de las armas. Wojtyla imaginaba que el comunismo finalmente implosionaría por sus inverosimilitudes intelectuales. Pero el problema era más profundo.

El nazismo y el comunismo eran dos expresiones especialmente brutales de "una especie de degradación, de hecho... era una pulverización, de la singularidad fundamental de cada persona humana". Pero hubo formas más sutiles, y por lo tanto, más insidiosas de la misma deshumanización en el desarrollo de la cultura occidental. Y Wojtyla se dispuso a analizarlas, a mediados de 1950, con sus alumnos de posgrado en la Universidad Católica de Lublin.

Así, en su seminario de posgrado en 1956-57, Wojtyla y sus alumnos hicieron una lectura atenta de las filosofías de David Hume y Jeremy Bentham bajo la rúbrica general de un examen de "La norma y la felicidad". Wojtyla creía que el efecto del escepticismo de Hume sobre la capacidad de los seres humanos para conocer con certeza la verdad de cualquier cosa planteaba una gran brecha entre la moralidad y la realidad, de manera tal que la vida moral, inevitablemente, quedaba a la deriva en un reino de subjetividad radical. Y el resultado de eso, en Bentham, era el utilitarismo: la utilidad, no la dignidad, sería la medida del hombre y la medida de lo bueno.

Allí, de hecho, estaba un profesor de filosofía profética. En el momento en que el estalinismo polaco se alejaba de su apogeo después de la crisis de descontento de los trabajadores en 1956, Wojtyla y sus estudiantes, en una pequeña universidad católica en una parte oscura de Polonia, se anticiparon más de treinta años en el futuro, un futuro que nadie más parecía capaz de imaginar, dada la contaminación cultural de la vida comunista. Además, comenzaron a explorar el terreno intelectual de la *siguiente* lucha por el futuro de la humanidad: la lucha por la defensa intelectual de la inalienable dignidad y el valor infinito de cada vida humana desde la concepción hasta la muerte natural. A pesar de que la plaga comunista continuaba, Wojtyla y sus estudiantes, en "el único lugar entre Berlín y Seúl donde la filosofía era libre", leían a filósofos británicos relativamente desconocidos y analizaban la amenaza para el futuro de la humanidad que se plantearía si su pensamiento se encarnaba en la sociedad, la política y la economía.

Aquí estaba la vida universitaria "en el borde" de la manera más impresionante: no sólo "al borde" de la resistencia a tácticas comunistas de intimidación, sino también "al borde" de ver más allá de los límites de la actualidad a la línea de batalla en la que la guerra por la verdad, la guerra por el futuro de la humanidad, se pelearía décadas más tarde.

Las ideas y sus consecuencias

Entonces, treinta años antes de la caída del comunismo, Karol Wojtyla comenzó a ver que si no se montaba una exitosa defensa del "sentido metafísico y el misterio" de la persona humana para luego incorporarla a las instituciones de la sociedad y la cultura, los resultados serían realmente terribles: las malas ideas tendrían consecuencias terribles. Y el resultado no sería la distopía totalitaria de George Orwell, que se describe en la novela *1984*; el resultado sería la distopía totalitaria suave de la humanidad fabricada y manipulada genéticamente, que se describe en la otra gran novela distópica de mediados del siglo XX, *Un mundo feliz* de Aldous Huxley.

Huxley, hay que admitir, no era un novelista muy distinguido; nadie lee *Un mundo feliz* por su elegancia literaria, por la profundidad de sus caracterizaciones o por las sutilezas de su trama. Sin embargo, era un genio: un genio para ver las posibilidades más oscuras de un futuro distópico creado por una ciencia desquiciada del "sentido metafísico y el misterio" de la persona humana, una ciencia que se guiaría por una moralidad distorsionada derivada del colapso de la metafísica. Así, el genio de Huxley no era sólo eso, a finales de 1920, previó la posibilidad de una nueva biotecnología deshumanizante, tres décadas antes de que la estructura de doble hélice del ADN, descubierta por James Watson y Francis Crick, hiciera posible la genética moderna. Huxley también vio cómo este nuevo poder, separado de las verdades profundas de la dignidad de la persona humana, incluyendo las profundas verdades morales profundas implícitas en el mundo y en nosotros, y accesibles a la razón, conduciría inevitablemente a una "felicidad" fabricada, químicamente inducida, manipulada por un sistema político aparentemente benigno, pero en realidad totalitario.

A este respecto, el pasaje clave en *Un mundo feliz* no es el capítulo de apertura tan clarividente donde Huxley describe el funcionamiento de la central de Londres y el Centro de acondicionamiento; sino uno que se encuentra pasada la mitad de la novela, cuando uno de los controladores del mundo totalitario, un hombre llamado Mustafá Mond, está decidiendo si se puede publicar un nuevo documento académico:

"Una nueva teoría de la biología" era el título del documento que Mustafá Mond acababa de leer. Se sentó durante un tiempo, meditando con el ceño fruncido, y luego tomó la pluma y escribió en la portada: "El tratamiento matemático del autor de la concepción de la finalidad es novedoso e ingenioso, pero herético y, con respecto al actual orden social, es potencialmente peligroso y subversivo. *No publicar*". Subrayó las palabras. "El autor se mantendrá bajo supervisión. Puede ser necesaria su transferencia a la Estación de Biología Marina en Santa Elena". Es una pena, pensó, mientras firmaba su nombre. Era una obra magistral. Pero una vez que se comienzan a admitir las explicaciones en términos de propósito, bueno, no se sabe cuál podría ser el resultado. Era la clase de idea que fácilmente podría descondicionar las mentes más inestables entre las castas más altas, hacerles perder su fe en la felicidad como el Sumo bien y llevar a creer, en cambio, que el objetivo estaba en algún lugar más allá, en algún lugar fuera de la esfera humana actual. Que el propósito de la vida no era el mantenimiento del bienestar, pero cierta intensificación y perfeccionamiento de la conciencia, la ampliación de los conocimientos. Lo que era, según el controlador, posiblemente muy cierto. Pero no, era en las circunstancias actuales, admisible. Tomó su pluma otra vez, y bajo las palabras '*No publicar*' dibujó una segunda línea, más gruesa y más negra que la primera; susurró, "¡Qué divertido sería, pensó, si uno no tuviera que pensar en la felicidad!"

Entonces, esto es la crisis cultural de la civilización, a la cual la educación superior católica debe responder, de acuerdo con la visión del beato Juan Pablo II y según sus enseñanzas expuestas en *Ex Corde Ecclesiae*.

Se trata de una crisis de la metafísica: el colapso de la confianza en que los seres humanos pueden conocer las verdades profundas y perdurables de la condición humana con un grado de certeza. Se trata de una crisis de la vida moral: por la ausencia de esas verdades profundas como un marco estable para la reflexión moral; nos quedamos con Jeremy Bentham y su cálculo deshumanizado de la utilidad. Y es una crisis de la vida social y política: la sociedad justa, la sociedad libre y virtuosa prevista por la doctrina social católica, no se puede construir sobre los cimientos tambaleantes de una ética utilitarista pública, en la que la pregunta "¿Deberíamos hacer esto?" se ha prohibido de la vida pública y la única pregunta públicamente admisible es "¿Podemos hacer esto?"

La Universidad Católica contracultural, formar una nueva cultura humanista

Si ese es el desafío, entonces ¿cuál debería ser la respuesta?

La respuesta debe ser que las instituciones católicas de enseñanza superior en el siglo XXI deben ser contraculturales: ser parte de la contracultura que forma la cultura que es la Iglesia Católica de la época posterior al Concilio Vaticano II.

Este nuevo modo de ser católico, que es nacer en la Iglesia de hoy, es lo que podríamos llamar catolicismo centrado en la misión, un catolicismo radicalmente centrado en el anuncio del Evangelio y en la conversión del mundo, en una nueva evangelización para el tercer milenio de la misión cristiana.

Es el catolicismo que nace de un siglo y cuarto de reforma católica, que comenzó con el pontificado de León XIII e incluyó el redescubrimiento del tomismo auténtico como una forma católica de pensar, especialmente preparado para los desafíos de nuestro tiempo.

Es el catolicismo que se nutrió del gran renacimiento intelectual católico de mediados del siglo XX, que estableció los fundamentos intelectuales de la obra del Concilio Vaticano II.

Es el catolicismo descrito a grandes rasgos por los Padres del Concilio Vaticano II, en los dieciséis documentos del Consejo, documentos a los que se les ha dado una interpretación autorizada por Juan Pablo II y Benedicto XVI, dos hombres de genio, que también eran hombres del Consejo.

Este catolicismo centrado en la misión está sustituyendo, de manera lenta y en ocasiones dolorosa, al catolicismo de la Contrarreforma, que dominó la vida de la Iglesia desde finales del siglo XVI hasta la segunda mitad del siglo XX. El Catolicismo de la Contrarreforma, con su énfasis en la simple instrucción catequética y la piedad popular, devocional, fue una respuesta adecuada a los desafíos planteados por la Reforma en los albores de la modernidad. Fue el catolicismo quien trajo la fe a las Américas y que decenas de millones de inmigrantes trajeron al hemisferio occidental. Fue el catolicismo el que estableció las bases sobre las que construimos hoy.

Pero según lo entendió Juan Pablo II, las circunstancias culturales en las que el Evangelio debe ser proclamado en el siglo XXI han cambiado dramáticamente en todo el mundo occidental. A mediados del siglo XX, el catolicismo era a menudo transmitido culturalmente; por lo menos, la cultura pública no era abiertamente hostil a la fe. Este ya

no es el caso. En todo el mundo occidental, la alta cultura dominante se refiere a la religión bíblica y a sus enseñanzas morales como deshumanizantes e irracionales.

Por lo tanto, ya no podemos confiar en la cultura pública para ayudar a transmitir la fe y dar forma a la vida pública de una manera humana acorde con los valores cristianos. La Iglesia debe convertirse en su propia contracultura para formar la cultura, una contracultura en la que la Palabra y el Sacramento formen creyentes que, por la calidad de sus vidas, atraigan a otros a escuchar la verdad de Dios y la humanidad proclamada en el Evangelio de Jesucristo.

Esta es la contracultura católica para la que Juan Pablo II convocó a la Iglesia al final del Gran Jubileo del año 2000, en la carta apostólica *Novo millennio ineunte* [Entrar en el Nuevo Milenio]. Allí, Juan Pablo instó a la Iglesia a abandonar las aguas poco profundas del mantenimiento institucional y, como los primeros discípulos en el Mar de Galilea, salir "mar adentro" para pescar. En este caso, la "captura" es de hombres y mujeres profundamente convertidos; hombres y mujeres que convirtieron su mente y corazón; hombres y mujeres que poseen la verdad de Dios en Cristo, y por lo tanto están en condiciones de proponer esa verdad a los demás; hombres y mujeres capaces de defender la verdad intelectual y su credibilidad frente a quienes desprecian la religión bíblica del siglo XXI.

¿Cuál es el papel de la institución católica de educación superior en este nuevo momento de la historia católica que está naciendo hoy en día? En el breve tiempo que queda, permítanme hacer algunas sugerencias a través de un boceto.

(1) El colegio o la universidad católica del siglo XXI se medirá a sí mismo y a su aspiración por criterios distintos a los que se encuentran típicamente en las instituciones occidentales de educación superior. Este énfasis no significa un debilitamiento del compromiso con la excelencia intelectual. Pero sí significa la localización de la excelencia intelectual dentro de la misión de la Iglesia, que es la santificación del Pueblo de Dios y la conversión del mundo. Porque así como el Papa Benedicto XVI dijo a los líderes de la educación superior católica en los Estados Unidos en abril de 2008, "promover la intimidad personal con Jesucristo y el testimonio comunitario de su verdad amorosa es indispensable para las instituciones católicas de enseñanza". Puede parecer algo obvio (incluso una verdad de perogrullo), pero esa no ha sido la auto-comprensión de muchos colegios y universidades católicas desde el Concilio Vaticano II, y debe volver a serlo si estas instituciones van a participar en la reforma profunda de la Iglesia que se mide por los criterios individuales de la verdad y de la misión. O, para decirlo sin rodeos: las universidades católicas que no requieren a sus estudiantes tomar cursos sobre San Agustín y sobre Santo Tomás de Aquino, o leer y absorber *Lumen gentium* y *Dei Verbum* [las Constituciones dogmáticas sobre la Iglesia y sobre la Divina Revelación del Concilio Vaticano II], no han comenzado a comprender la naturaleza única y la misión de una institución católica de educación superior.

Durante ese mismo discurso de 2008 a la Universidad Católica de América, Benedicto XVI ha situado el colegio o la universidad católica con firmeza dentro de la misión evangelizadora de la Iglesia:

Todas las actividades de la Iglesia nacen de su conciencia que es la portadora de un mensaje que tiene su origen en Dios mismo, en su bondad y sabiduría. Dios ha elegido revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad. El deseo de Dios de darse a conocer y el deseo íntimo de todos los seres humanos de conocer la verdad

constituyen el contexto de la búsqueda humana sobre el significado de la vida. Este encuentro único está sostenido por la comunidad cristiana: quien busca la verdad se convierte en el que vive por la fe. Puede ser descrito como un movimiento del "yo" al "nosotros", lo que lleva al individuo a formar parte del Pueblo de Dios.

La educación superior católica, en otras palabras, rechaza el subjetivismo posmoderno que habla de "tu verdad" y "mi verdad", en la confianza de que cada búsqueda de la verdad, si es verdadera, a la larga conduce a *la* Verdad, que es Dios, la Santísima Trinidad. La investigación humana no es un trabajo tan pesado; la investigación, al igual que el aprendizaje que nace de la investigación, es un ejercicio de amor, ya que nuestra penetración más profunda de la verdad nos lleva más profundamente al misterio divino del amor. La búsqueda de la verdad católica en las instituciones católicas de enseñanza superior se inicia con un cierto conocimiento: el saber que la Verdad se ha dado a nosotros, en Cristo, incluso antes de comenzar nuestra investigación sobre las muchas verdades del mundo. De esta manera, la educación superior católica ayuda a dirigir a la cultura post-moderna para que salga de la caja de arena del subjetivismo hacia el mundo adulto de la investigación original y hacia el aprendizaje genuino.

(2) La educación superior católica en el siglo XXI también ayudará al mundo occidental a conservar su memoria cultural, que está en peligro de desaparecer bajo las presiones de la "relevancia" y de una abrumadora preocupación por el desarrollo de habilidades comerciales. Esas habilidades son importantes, pero lo que es aún más importante (como los desastres económicos de principios del siglo XXI deberían haberle recordado al mundo) es el carácter de las personas que implementan esas habilidades en el mundo del trabajo. Y Occidente no ha inventado nada mejor para formar el carácter de los jóvenes que la inmersión de los hombres y mujeres jóvenes en los clásicos de la civilización occidental. Por lo tanto, sus vidas se convierten en una práctica del ecumenismo de tiempo, y su viaje por la vida se enriquece al tener, como socios a lo largo del camino, a Homero y Platón, a Aristóteles y Virgilio, a Agustín y Tomás de Aquino, a Dante, Milton y Shakespeare y los modernos que estaban impregnados en el aprendizaje liberal clásico de Occidente. El plan de estudios de los colegios y universidades católicas que toman en serio la nueva evangelización y la enseñanza de *Ex Corde Ecclesiae*, por lo tanto, pone un gran énfasis (como se requiere) en un extenso encuentro con los clásicos, incluyendo el clásico de la religión bíblica, la Biblia.

(3) En la intersección de la formación del carácter cristiano y en el perfeccionamiento de los intelectos cristianos, los colegios católicos de las universidades del siglo XXI deben preparar a sus estudiantes para lidiar con las tres facetas de la crisis de la civilización, que es el hecho cultural dominante del mundo actual occidental: la crisis metafísica, la crisis moral y la crisis social. Las universidades católicas abordarán la crisis metafísica mediante la demostración de la íntima relación entre fe y razón, que, como enseña la encíclica *Fides et Ratio*, son las "dos alas" con las que el espíritu humano se acerca y capta la verdad de las cosas. Las instituciones católicas de enseñanza superior no serán paralizadas por el escepticismo; reconociendo que hay límites para el alcance de la razón; los colegios y universidades católicas, sin embargo, conducirán la vida intelectual en la premisa de que los seres

humanos podemos conocer las cosas con un alto grado de certeza. Por otra parte, los colegios y universidades católicas desafiarán la hegemonía del método científico como el único paradigma epistemológico de saber humano y demostrarán a sus alumnos que hay un conocimiento real que se pueden obtener de un encuentro con la literatura, el arte, con el pensamiento especulativo filosófico y con la Revelación.

Las universidades católicas se ocuparán de la crisis moral sumergiendo a sus estudiantes en la ética de la virtud del tomismo auténtico. De este modo, fomentarán esa "libertad de la excelencia", que consiste en la formación del hábito de elegir lo correcto, por la razón correcta, de tal manera que la libertad esté atada a la verdad y ordenada al verdadero florecimiento humano. Las instituciones católicas de educación superior pondrán a prueba la hegemonía cultural de la libertad mal interpretada como una función de la voluntad, y reubicarán la vida moral en el ámbito de la razón humana. Esto, a su vez, capacitará a los estudiantes para que sean agentes de la reforma en la sociedad, para resistir la "dictadura del relativismo" y reconstruir una comprensión pública de la relación íntima entre la libertad y la virtud.

Las universidades católicas se ocuparán de la crisis social mediante la introducción de sus estudiantes a las riquezas de la doctrina social de la Iglesia, como una opción intelectualmente seria para la construcción de las sociedades libres y virtuosas del futuro. Esta introducción al pensamiento social católico hará hincapié en la arquitectura tomista intelectual de la tradición de la doctrina social articulada por León XIII en *Rerum Novarum*, por Pío XI en *Quadragesimo Anno* y por Juan Pablo II en *Centesimus Annus*. Al realizarlo, se hará hincapié en el papel de la Iglesia como la constructora de la cultura que hace posible la política libre y la economía libre y, también, en la importancia de la razón moral en el temple y la guía de la democracia y el libre mercado.

(4) El plan de estudios, sin embargo, no será el único marcador distintivo de la universidad católica centrada en la misión en el siglo XXI y posteriores. El modo de vida en el campus, la disponibilidad regular de los sacramentos, un ministerio catequético activo y comprometido en el campus y muchas oportunidades para servir a la sociedad distinguirán a la institución católica de educación superior de sus contrapartes en el mundo secular de educación superior.

(5) Las universidades católicas orientadas a la misión patrocinarán programas de estudios en el extranjero, específicamente destinados a la profundización de la apreciación de sus estudiantes de las culturas católicas de todo el mundo, especialmente en las culturas católicas de Europa, donde tuvo lugar el éxito de la primera inculturación del Evangelio y donde se desarrolló la arquitectura básica de la vida intelectual católica.

(6) Las universidades católicas centradas en la misión del siglo XXI serán testigo, sobre todo en sus capillas, de la verdad subrayada por Hans Urs von Balthasar y por Benedicto XVI de que la belleza es un camino privilegiado para la fe en el mundo post-moderno y un medio de apertura a reflexiones más profundas sobre la verdad y el bien y, en última instancia, sobre la gloria del Señor.

La educación superior católica enfrentó muchos desafíos en el siglo XX, incluyendo los ataques montados por los sistemas políticos radicalmente secularistas. El desafío de hoy es, sin duda, aún mayor. Debido a que la misma noción de "verdad" es despreciada por gran parte de la alta cultura de principios del siglo XXI, y el resultado público de ese desprecio cultural, como advierte desde hace siete años el Papa Benedicto XVI, es el intento de imponer una "dictadura del relativismo", un intento que está bien avanzado en Europa, en algunas partes del hemisferio occidental y en las organizaciones internacionales. Por lo tanto, la diferencia que los colegios y universidades católicas del siglo XXI pueden y deben hacer es reafirmar la capacidad humana de conocer la verdad de las cosas. Al conocer y ser comprendido por la Verdad del Dios trinitario, y en el desarrollo de un humanismo verdadero que relaciona toda la verdad con la verdad divina, las instituciones católicas de educación superior del siglo XXI que toman en serio la enseñanza de *Ex Corde Ecclesiae* y las responsabilidades de la Nueva Evangelización, harán una contribución única para asegurar las bases culturales de libertad y justicia para todos.

Mar del Plata, viernes 4 de mayo de 2012